

Cuento, novela

Para librarme de engorrosos cálculos de páginas o recensiones de opiniones ajenas, tengo mi definición personal del cuento. Práctica y simplísima, a la medida de mis modestas necesidades, es una “definición diferencial” (no sé si esto es un oxímoron o una redundancia) porque sirve también, por la negativa, para la novela. Dice así: “Cuento es lo que pasó, novela, lo que pasa”. Si algo cuenta “lo que pasó”, sea esto lo que sea, y sea cual sea la cantidad de páginas que lleve, es un cuento. Es un cuento toda narración de hechos que ya dejaron de suceder, que llegaron a su conclusión y cesaron, por lo menos a los efectos de su configuración artística. Es cierto que casi siempre hay elementos de cuento contaminando la novela, y viceversa, pero el efecto general suele ser muy claro.

La novela es lo contrario. “Lo que pasa”, lo que sigue sucediendo en una ficción, su presente, es que alguien la esté escribiendo, es decir, la esté viviendo. El autor, y por consiguiente el lector, sigue en ella. Mientras que en el cuento, escritor y lector han sido expulsados, por la válvula inexorable del tiempo. En el cuento ya no queda nadie vivo, nadie trabajando. El texto se cierra, y por eso el cuento ideal es el cuento “perfecto”, la gema, el cristal, inmodificable.

Advierto que aquí incluyo un matiz valorativo (la novela está viva, el cuento está muerto), pero no pretendo imponerlo, para lo cual nada sería más eficaz que hacerlo pasar de contrabando en una teorización “objetiva. No es mi propósito; he tomado partido de antemano. Mi género es la novela, por elección y por destino. Siempre sentí desconfianza y antipatía por el cuento. Me he preguntado por qué, y la respuesta creo que está, antes de las reflexiones y definiciones con las que empecé, en el valor absoluto que le doy a la libertad en el trabajo artístico. La libertad, por otro nombre el presente, sobre todo, un presente en el que los valores todavía se mantengan en suspenso. Los valores del texto literario, su “calidad”, se mantienen indecisos en la novela, esperando su transmutación. En el cuento, ya deben haber cristalizado para que el cuento sea “bueno”, y si no es “bueno” no es “cuento”.

Creo que el cuento está demasiado cercano a su calidad. El cuento es conatural al “concurso de cuentos”; para que un cuento se consume como cuento debe ser “el mejor cuento posible”. Depende de su eficacia. No puede desentenderse de los resultados. (Como sí puede hacerlo la novela, cuya materia es la imperfección, la desproporción, la improvisación, el capricho).

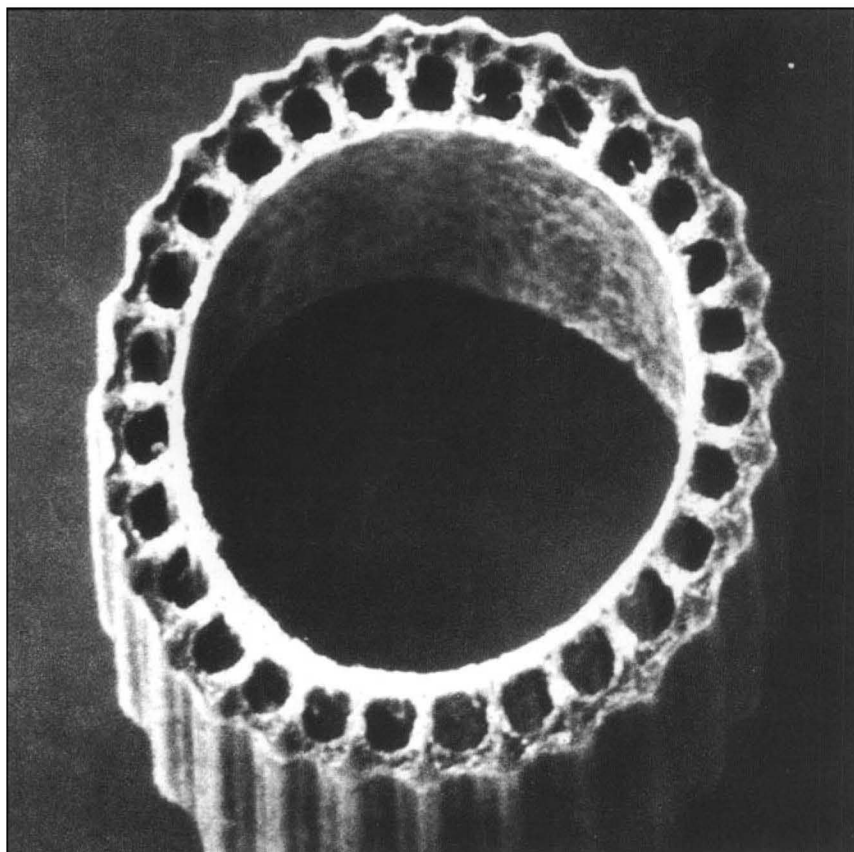
Eso explicaría que los jóvenes, los aprendices de escritores, sean tan asiduos del cuento (hecho que suele intrigar o irritar a los críticos, todos de acuerdo en que es el género “más difícil”). Es que el escritor en ciernes se inventa en relación a los otros, y el cuento, género comparativo por excelencia, es su medio ideal en esa etapa. el cuento se califica automáticamente con el punto final, como una tarea escolar bien planificada.

También explicaría, por lo mismo, la abundancia de cuentos en la literatura hispanoamericana. Una literatura joven, todavía insegura de sus propias fuerzas, se ejercita en la emulación.

Me apresuro a asegurar que mi preferencia por la novela no es una jactancia de madurez. Aun si la hubiera elegido la cabo de estos razonamientos (y no fue el caso, por supuesto), lo habría hecho como provocación, para afirmar al cuadrado mi inmadurez, mi tercermundismo. Pero la elegí, si es que la elegí, por una provocación anterior aun y que abarca a las otras: por la libertad. La novela, tal como yo la sueño y trato de escribirla, ejerce la libertad en dos direcciones, que confluyen y la oponen al cuento. Primero, mantiene abierto el tiempo sobre el presente, su propia mecánica la vuelve infinita, interminable, derramada sobre la vida del escritor, nunca del todo redificada en “producto”. Libre entonces de la servidumbre de “lo que pasó” en la realidad y/o en la imaginación (es lo mismo), libre de reinventar los hechos, o para cambiar de idea. Segundo, la novela no necesita ser “buena” de acuerdo con los valores que presiden su escritura: el presente en que sucede la habilita para esperar la emergencia de valores nuevos. A la novela nadie puede juzgarla; en todo caso se juzga a su autor, y para hacerlo con alguna seguridad hay que esperar a que la muerte relegue al autor al pasado, transformando su vida en un cuento.

El infinito

CÉSAR AIRA



This page intentionally left blank

El infinito

De chico yo jugaba a unos juegos de lo más raros. Cuando los cuento parecen inventados, y en realidad fueron invención del mismo que soy, salvo que hace muchos años, cuando estaba en proceso de volverme el que soy. Invención mía, o de mis amigos de entonces, lo que equivale a lo mismo, porque esos chicos se incorporaron a mí en la acumulación general de la que resulté. Si ahora me he propuesto describir estos juegos y razonarlos por escrito, es justamente porque me han dicho más de una vez que merecerían quedar registrados para que el día de mañana su modelo no muera conmigo. No estoy tan seguro de ese mérito de singularidad; los chicos suelen hacer grandísimas locuras, pero el catálogo de éstas no es ilimitado; podría jurar, en base a la intuición, y a la ley de probabilidades, que a otros se les ocurrió lo mismo, o algo parecido, alguna vez, en alguna parte. Si es así, si algún lector en cuyas manos cae un ejemplar de esta serie fue uno de esos niños, para él estas descripciones serán en recordatorio, quizás una resurrección de un pasado olvidado. Creo que será necesario entrar en detalles de cierta complicación, y es posible que la prolijidad lleve al exceso, pero emprendo el trabajo con ánimo de encontrar lo que mi infancia tuvo en común con otras lejanas y desconocidas; ya que el nexo no puede estar sino en lo pequeño, en la minucia, y como no sé en cuál minucia, en cuál detalle, no tengo más remedio que desplegarlos todos. También hay un motivo más práctico, de inteligibilidad: aun los detalles más insignificantes tienen importancia para completar la explicación de mecanismos que a primera vista pueden parecer absurdos. Hay que agotar la lista de insensateces para que no se escape la única que tiene el poder mágico de darle sentido al todo.

Empiezo ocupándome de un juego matemático, o seudomatemático, que se jugaba de a dos, y que consistía simplemente en decir un número mayor que el contrincante. Si uno decía “cuatro”, el otro debía decir “cinco” (como mínimo; también podía decir “mil”) para mantenerse adelante, así seguía. Dicho lo cual, no hay más que agregar respecto de la esencia del juego; como puede verse era simplísimo. Obviamente, dada la naturaleza de la serie de números, sólo podía

ganar el que no cometiera el error de decir un número menor que el pronunciado antes... Pero también es obvio que un triunfo así era accidental y no afectaba a la dicha esencia del juego. Según ésta, debería ganar el que dijera al final un número tan alto que el otro no encontrara uno mayor. Nosotros colaborábamos activamente con la esencia: nunca cometíamos errores, y si uno lo hubiera hecho el otro habría estado muy dispuesto a pasarlo por alto y seguir adelante. Es difícil imaginar entonces cómo podía realizarse la plenitud del juego. Parece haber una contradicción en la idea misma. Pero creo que toda la dificultad está en el adulto que quiere entender la teoría del asunto, y reconstruir una partida; para nosotros no era difícil entenderlo, todo lo contrario, era casi demasiado fácil (por eso lo complicábamos un poco). Las dificultades, que por lo demás encontrábamos divertidas y absorbentes, estaban en otro plano, como trataré de mostrar. Al juego en sí, lo tomábamos con la mayor naturalidad.

Antes de entrar en materia, haré algunas aclaraciones que tiene su razón de ser. En primer lugar, la edad. Tendríamos diez y once años (o bien once y doce): Omar era un año mayor que yo; estábamos en la escuela primaria, pero en los últimos grados, no en los primeros. Es decir, que no éramos criaturas aprendiendo a contar, fascinados o atontados ante el milagro de la aritmética. Para nada. Además, en aquel entonces, hace treinta y cinco años, la enseñanza no era un juego; no se perdía el tiempo, no había contemplaciones. Aún en la escuela semirural a la que asistíamos (la escuela 2 de Coronel Pringles, que todavía existe), el nivel intelectual era notablemente alto, la exigencia hoy parecería desmedida. Y todos los chicos, la mayoría de los cuales venía de ranchos y de padres analfabetos, seguían el ritmo, vaya si lo seguían; el “lomo de burro” era Primero Inferior, donde muchos se quedaban, repitiendo y repitiendo hasta que tenían pantalones largos; pero una vez en marcha todos navegábamos juntos, y el barco iba rápido.

Los personajes: Omar y yo. Nunca jugué este juego con otro. No recuerdo si lo intenté alguna vez, pero si lo hice no funcionó. Era la clase de juego que tiene que encontrar su jugador, y es casi milagroso que lo encuentre. Nos había encontrado a nosotros dos, y tanto nos habíamos adaptado a sus repliegues intrincados y cristalinos que nos habíamos hecho parte de él, y él parte de nosotros, de modo que el resto del mundo quedaba necesariamente excluido. No tanto porque hubiera que explicar reglas, o acomodarse a idiosincrasias (era un juego matemático), como porque nosotros dos ya habíamos jugado, y mucho, tardes enteras, cientos de veces, y no se podía volver a empezar; podían otros, pero no Omar y yo.

Omar Berruet no era el más antiguo de mis amigos; su familia se había

mudado al barrio un par de años atrás, proveniente del gran Buenos Aires (Berazategui), pero los padres eran de Pringles; su madre había sido amiga de la infancia de la mía; una hermana del padre vivía a la vuelta y tenía dos hijos, los Moraña, que yo conocía desde mucho antes; el mayor hizo todos los grados de la primaria conmigo. Los Berruet alquilaban una casa al lado de la nuestra. Omar era hijo único, un año mayor que yo, por lo que no fuimos condiscípulos en la escuela; pero la vecindad hizo que intimáramos. En esa época estábamos todo el día juntos. Era un chico delgado, alto, rubio, lacio, pálido, linfático: opuesto en todo a mí, la ley de la atracción de los contrarios nos acercó. Me temo que en líneas generales lo hice objeto de mi dominio, de mi buen humor mercurial y fantástico. Se plegaba de buena gana a mis caprichos, pero sabía hacer valer una fuerza discreta que yo había aprendido a respetar y que en ocasiones me causó mucho dolor. También era lo opuesto a mí en la manifestación visible de su inteligencia, que no le faltaba: donde yo era todo jactancia, grito, exhibición, él era reacción callada, ironía, realismo. (Bien puedo dejar anotado aquí, ya que después seguramente no tendré oportunidad de decirlo, que se quedó en Pringles, hizo carrera como empleado bancario, y tuvo ocho hijos, uno de los cuales murió).

Por último, el escenario. Coronel Pringles, el pueblo, era entonces más o menos lo que es ahora; un poco más chico, menos urbanizado, con más calles de tierra, la calle Alvear, donde vivíamos, era la última calle asfaltada, cien metros atrás empezaban los baldíos (manzanas enteras), las quintas, el campo. En la cuadra había cinco casas, todas del mismo lado: lo de Uruñuela en al esquina, lo de mis tías Alicia y María, nosotros, lo de Gonzalo Barba (sobrino y socio de mi papá), lo de Berruet. En la otra esquina, el corralón y oficinas de mi papá, la firma Aira y Barba. Las casas que alquilaban Gonzalo y los Berruet eran de Padelli, con cuyo domicilio a la vuelta se comunicaban por los fondos. En la vereda de enfrente, una extensa pared, tras la cual estaban los terrenos pertenecientes a las casas de las esquinas, a la izquierda lo de Asturri, a la derecha lo de Perrier. Lo más notable que había en esos terrenos selváticos era: en lo de Astutti, una modernísima casa rodante en proceso de fabricación o bricolage, que era el hobby perenne (duró toda mi infancia, y más) de un hermano de la dueña de la casa, creo; en lo de Perrier, un árbol, que en realidad eran dos árboles gemelos de copa entremezclada, una conífera desmesurada, el árbol más grande de Pringles, del alto de un edificio de diez pisos y de forma perfectamente cónica.

En la calle no pasaba nada: un auto cada media hora. Teníamos inmensidades de tiempo libre; íbamos a la escuela a la mañana, las tardes duraban vidas enteras. No teníamos actividades extracurriculares (no se usaban), no había tele-

visión, nuestras casas tenían las puertas abiertas. Para jugar a los números nos ubicábamos en la cabina del camioncito rojo del padre de Omar, que estaba estacionado casi siempre frente a la puerta...

Muy bien. Al juego.

¿A quién se le habría ocurrido? Tuvo que ser a alguno de nosotros dos. No puedo imaginarme que lo hayamos tomado de otra parte, ya hecho. Cada vez que he vuelto a pensar en él, veo la invención y la práctica fundidas. O mejor dicho, veo la práctica como una permanente invención, y a ésta no puedo concebirla previa a la práctica. Y si trato de decidir cuál de los dos fue el inventor, es fatal que piense en mí. En la iniciativa que pudo llevar a este juego tuvo que haber una especie de fantasía, de exuberancia, algo un poco indefinible pero que me pinta entero tal como yo era entonces. Omar estaba en el otro extremo. Pero, curiosamente, por el otro extremo también se entraba a esos túneles vertiginosos.

No había reglas. Aunque nos pasábamos la vida inventando reglas para todos nuestros juegos, como hacen siempre los chicos, este juego no tuvo ninguna, quizás porque advertimos que no correspondían, que siempre se quedarían cortas, o que era demasiado fácil hacerlas.

Ahora que lo pienso, hubo una regla, pero pasajera, revocable, de conveniencia. La pusimos en práctica en una sesión y la olvidamos en la siguiente, pero por algún motivo me quedó en la memoria u seguramente quedó también en el juego. Era bastante inofensiva: consistía en que el número mayor al que se podía llegar, el tope, era el ocho. No el número ocho, sino un ocho cualquiera: ocho décimos, ochocientos mil, ocho billones. En realidad era un acelerador extra (¡cómo si lo necesytáramos!) para pasar a otro nivel.

Y no es que hubiera niveles, ni subseries, o por lo menos no las tomábamos en cuenta. Lo que había en ese sentido eran diferencias de velocidad, alterancias de “paso a paso” y “salto”, que podíamos llevar a extremos que no dan en los móviles espaciotemporales de la realidad física. Siempre eran precipitaciones, aun las caídas en lo hiperlento. Pero nunca se desbocaba, aun la aceleración que lo envolvía todo era una lentitud. Esto quiere decir que en la severa monomanía que era el juego el recurso a la velocidad nos permitía estar cambiando de tema de conversación todo el tiempo (porque los temas son velocidades).

—Tres.

—Cien.

—Ciento uno.

- Ciento uno, coma cero uno.
- Ochocientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve.
- Cuatro millones.
- Cuatro millones uno.
- Cuatro millones dos.
- Cuatro millones tres.
- Cuatro millones cuatro.
- Cuatro millones cuatro coma cuatro cuatro cuatro .
- Cuatro millones cuatro coma cuatro cuatro.
- Cuatro millones cuatro coma cuatro.
- Cuatro millones cuatro coma tres.
- Cuatro millones cuatro coma uno.
- Medio trillón.

Nunca nos molestábamos en averiguar qué era un “trillón” (ni “cuatrillón”, “quintillón” o “sextillón”, que también usábamos). Así que nos quedamos con él, fuera lo que fuera.

- Medio trillón.
- Un trillón.
- Ocho trillones.
- Ocho trillones ocho.

Lo mismo hacíamos con “billón”, aunque de éste sabíamos que era un millón de millones. Es decir, el millón era un “uno”, y el billón un millón de esos “unos”. Pero ponernos a contar la cantidad de ceros que tenía, y calcular a partir de eso, no, nunca lo hicimos. Nunca los contamos (deberían ser doce, creo). Habría sido embarazoso, pesado, no era diversión, y lo nuestro era un juego. Éramos impacientes, como todos los chicos, y habíamos inventado el juego más adecuado a la impaciencia, el juego del salto. No importaba que estuviéramos horas, tardes enteras, sentados en la cabina del camioncito rojo del padre de Omar, quietos, concentrados como estatuas: igual era una impaciencia. De otro modo habría sido un artesanía numerológica, y yo diría que lo nuestro no era una artesanía, era un arte.

No sabíamos siquiera si el billón era más grande que el trillón. ¿Qué importaba? Era mejor no saberlo. Simulábamos uno ante el otro que lo sabíamos, pero no nos poníamos a prueba. Aun así, seguía siendo muy fácil.

Nos atraían los grandes números, eso era inevitable. Surgía de la misma naturaleza del juego. Eran la fuerza de gravedad por la que caíamos. Pero al mismo tiempo los despreciábamos, prueba de lo cual es que no nos molestáramos en averiguar a cuánto equivalían exactamente. Con los números era una

cosa, con los grandes números era otra; con los números estábamos en el campo de lo intuible (ocho podían ser ocho cosas, ocho puntos; ochenta también, y hasta ochocientos millones); con los segundos pasábamos al pensamiento ciego, el juego se volvía una combinatoria de palabras, ya no de números.

—Un billón.

—Un trillón de billones.

—Medio billón de trillón de billones.

—Un billón de billones de trillón de billones de trillones.

Es cierto que en el fondo de estas acumulaciones volvían a aparecer los números.

—Un billón de billones.

—Un billón de billones seis.

—Seis billones de billones seis.

—Seis billones de billones seis coma cero cero cero cero cero seis.

Eran lujos, firuletes que nos permitíamos como para tentar a un tedio que en realidad no sentíamos ni podíamos sentir, pero sí imaginar. En cambio estábamos de acuerdo en no aceptar cosas como “Seis billones de seis billones”; eso no era un número sino una multiplicación. Nos alcanzaba y sobraba con los meros números, nada más. ¿Para qué nos íbamos a complicar la vida?

No sé cuánto duró este juego. Meses, años. Nunca nos aburrí, nunca dejé de sorprendernos, de estimularnos. Fue uno de los puntos altos de nuestra infancia, y si al fin dejamos de jugarlo no fue por haberlo agotado, ni habernos cansado, sino porque crecimos y tomamos distintos caminos. También tengo que decir que no lo jugábamos todo el tiempo, y que no era el único juego que teníamos. Para nada. Teníamos decenas de juegos distintos, unos más extravagantes y fantásticos que otros. Me he propuesto describirlos uno por uno, y empecé por éste, eso es todo, pero no quería que este aislamiento un poco artificial que he hecho del juego de los números dé una idea errada. No éramos maniáticos encerrados todo el tiempo en la cabina de un viejo camión profiriendo números. Nos entusiasmaba una fantasía nueva y podíamos estar semanas olvidados de los números. Después volvíamos exactamente como antes... Pensándolo bien, no es tan artificial este aislamiento que he hecho del juego porque en sí mismo tenía algo de eso, en su simplicidad inmutable, en su naturalidad, en su secreto. Creo que lo mantuvimos en secreto, pero porque sí, no porque fuera un secreto; por olvido, o porque no se daba la ocasión de decírselo a nadie.

Era un juego muy austero, muy simple, y por eso mismo inagotable. No podíamos aburrirnos porque eso habría ido contra su definición. Además, ¿cómo íbamos a aburrirnos? Si era la libertad misma. Se revelaba, al jugarlo,

como una parte de la vida, y la vida era amplísima, elástica, interminable. Eso lo sabíamos antes de cualquier experiencia. Nosotros mismos éramos austeros, nuestros padres lo eran, el barrio, el pueblo, la existencia en Pringles. Hoy día resulta casi inimaginable lo simple que era aquella vida. Que yo la haya vivido no me lo hace más fácil. Trato de imaginármela, de volver sensible esa idea de simplicidad, un poco al margen de los recuerdos, evitándolos en lo posible.

A veces, después de alguna sesión especialmente satisfactoria, en la plenitud consiguiente, hacíamos algo que parece escapar a la simplicidad, pero en la realidad la confirma. Por pura exuberancia, jugábamos al mismo juego en broma; como si no lo hubiéramos entendido; como si fuéramos salvajes, o estúpidos.

- Uno.
- Cero.
- Cuatro.
- Menos mil.
- Ocho trillones.
- Cero coma cero nueve nueve nueve.
- Menos tres.
- Ciento quince.
- Mil billones de cuatrillones.
- Dos.
- Dos.

Esto duraba poco, porque era demasiado vertiginoso, demasiado horizontal. Un minuto así nos daba una perspectiva totalmente distinta de lo que habíamos estado haciendo antes durante horas, como si nos hubiéramos apeado de un caballo como si hubiéramos bajado del mundo de los números psíquicos al de los números reales, a la tierra donde vivían los números. Si hubiéramos sabido lo que era el surrealismo habríamos exclamado: ¡qué lindo es el surrealismo! ¡Cómo lo transformaba todo! Después, volvíamos al juego como quien vuelve al sueño, a la eficacia, a la representación.

Con todo, hubo una nostalgia, un sentimiento vago de insatisfacción. No sobrevino en un momento, al cabo de un día o un mes o un año... No estoy haciendo una historia cronológica de este juego, de su invención, su desarrollo, su decadencia, su abandono. No podría, porque no tuvo nada de eso. Lo sucesivo de esta narración es un defecto inevitable, porque no sé de qué otro modo podría contarla. Esa insatisfacción tenía que ver con la diferencia entre números y palabras. Nos habíamos autoimpuesto esa gran austeridad de no usar más que números reales y “clásicos”. Positivos o negativos, pero números corrien-

tes, de los de contar cosas. Y los números no son palabras. Aunque los números se nombran con palabras, no son lo mismo.

Por supuesto, había sido una elección, un pacto, que renovábamos cada vez que nos poníamos a jugar, y no nos quejábamos. El juego movilizaba el pensamiento, lo hacía poroso, lo aflojaba en una especie de yoga relajante, y ahí justamente nos permitía ver la amplitud de todo el reino de lo que podía decirse, al mismo tiempo que nos lo vedaba. Las palabras eran más que los números, eran todo; los números eran un pequeño subconjunto en el universo de las palabras, uno de sus sistemas planetarios, marginal y extraviado, donde siempre era de noche. En él nos escondíamos, al abrigo de los excesos de la desconocido, a cultivar nuestro jardín.

Desde ahí podíamos ver las palabras, y las veíamos como nunca las habíamos visto. Habíamos creado la distancia para poder verlas, hermosas, divertidas, eficacísimas. Sentíamos que con sólo estirar la mano y tomarlas tendríamos en nuestro poder joyas mágicas, que lo podían todo. Pero esa sensación era un efecto de la distancia; si la franqueábamos el juego se disolvía como un espejismo. Lo sabíamos, y sin embargo, por una rara perversión, por un amor al peligro, nos quedaba el anhelo loco de probar...

El poder de las palabras lo estábamos experimentando todos los días. Yo no me perdía una ocasión, lo veía de lejos, creía aferrar el espejismo, hacer mío su rayo letal infalible, y no descansaba hasta descargarlo; mi víctima preferida, de más está decirlo, era Omar:

—Juguemos a ver quién dice una mentira más grande.

Omar se encogía de hombros:

—Recién lo vi pasar a Miguel en bicicleta.

—No, así no... Supongamos que somos dos pescadores y mentimos sobre lo que hemos pescado. El que dice la mentira más grande, gana.

Subrayaba “grande”, como para darle a Omar una idea de que el asunto tenía que ver con el juego de los números. Omar, que era de una astucia diabólica cuando quería, me la hacía difícil:

—Yo pesqué una ballena.

—Escúchame, Omar. Hagámoslo más simple. Lo único que se puede decir es el peso del pescado, el largo en metros, o la edad. Y pongamos límites máximos, ocho toneladas, ochenta metros, y ochocientos años.

—¡Hagámoslo simple de veras! Solamente la edad. Supongamos que los peces van creciendo con la edad, hasta que se mueren. Así que con decir la edad ya queda dicho el largo, el ancho, el peso, todo. Y supongamos que pueden vivir una cantidad indefinida de años, pero lo máximo que podemos decir nosotros es ochocientos años.

Omar debería haber sido muy estúpido para no darse cuenta, a esta altura, que yo me traía algo entre manos, algo muy preciso. Y lejos de ser estúpido, era muy inteligente. No podía serlo más: era la medida de mi inteligencia. Al fin se resignaba:

—Saqué un pescado de ochocientos años.

—Yo saqué al abuelo.

Omar chasqueaba la lengua con infinito desprecio. Yo mismo tenía motivos para sentirme muy poco orgulloso de mi idea, que no era más que un desdichado intento de transformar en juego, a expensas de mi amigo, un chiste que había leído en alguna revista y que debía de ser algo así: “Dos pescadores mentirosos comentan la jornada: —Hoy pesqué un merlín así y asá.— Ése era el bebé. Yo pesqué a su mamá”. ¡Qué chiste modesto! ¡Qué trabajo me había dado racionalizarlo! Y con qué poco resultado. ¿Qué podía haberme atraído ahí? Nada más que el poder de la palabra. Porque ahí estaba in nuce todo nuestro juego de los números (los mentirosos podían seguir aumentando ad libitum las dimensiones del pescado) y su trascendencia: una palabra (“mamá”, o “padre”, o “abuelo”) vencía a toda la serie de los números, poniéndose en otro nivel.

Pues bien, a eso me refería. Ése era el límite de nuestro juego, su grandeza y su miseria.

Hasta que descubrimos que esa palabra existía. Repito que tal cosa no sucedió en algún momento de la historia del juego. Sucedió al comienzo, y fue el comienzo.

Esa palabra era “infinito”. ¿No es lógico? ¿No se cae de maduro? De hecho, he tenido que hacerme una cierta violencia para llamarlo “juego de los números”, cuando en realidad era el juego “del infinito”, y así lo he pensado siempre. Si tuviera que transcribir la sesión tipo, la original, la matriz, sería simplemente así:

—Uno.

—Infinito.

De ahí salía el resto. ¿Y cómo iba a ser de otro modo? ¿Por qué íbamos a prohibirnos ese salto, si nos permitíamos todos los demás? Al revés: todos los saltos que nos permitíamos, tenían por respaldo el salto a la palabra, a lo heterogéneo.

Creo que a partir de ahora empieza a responderse una pregunta que ha venido creciendo subliminalmente desde que empecé a describir este juego: ¿Cuándo se terminaba una sesión? ¿Quién ganaba una partida?. No es suficiente responder: nunca, nadie. He dado a entender que no caíamos en las trampas que nos tendíamos todo el tiempo: eso es cierto en abstracto, en el mito del que las series eran el ritual, pero no debía de ser tan cierto en el desarrollo real del juego. En realidad, no lo recuerdo.

Creo recordarlo todo, como una alucinación (si no fuera así no escribiría), pero debo reconocer que hay cosas que no recuerdo; y puesto en una vena confesional, debería decir que no recuerdo nada. Ahí también hay un a escalada. No hay contradicción. De hecho, lo único que se recuerda con esa verdadera claridad de microscopio necesaria para escribir, es el olvido.

Pues bien:

—Infinito.

El infinito es el extremo de todos los números, el extremo invisible. Dije que con los grandes números operábamos al modo del pensamiento ciego, de lo inintuible; pero el infinito es el paso a la ceguera, algo así como la negación de la negación. Ahí empieza la verdadera visibilidad de mi memoria olvidada. ¿Acaso sé qué es el infinito? Es todo lo que puedo saber, pero no puedo saberlo.

Hay algo maravillosamente práctico en el salto al infinito, y cuanto antes se realice mejor. Todas las paciencias se estrellan contra él, todas valen lo mismo. No hay que esperarlo. Yo lo amé sin saber lo que era. Fue el día del sol de nuestra infancia. Por eso ni una sola vez nos preguntamos por su significado. Tratándose del infinito, el salto ya estaba dado.

La negativa a pensarlo arrastraba algunas consecuencias. Sabíamos que no tenía sentido decir “medio infinito”, porque en el infinito las partes son iguales al todo (la mitad del infinito, digamos la serie de los números pares, es tan infinita como la otra mitad o como el todo). Pero que dos infinitos fueran mayores que un infinito solo, eso sí lo aceptábamos, volviendo subrepticamente al sano sentido común.

- Dos infinitos.
- Doscientos treinta millones de infinitos.
- Siete quintillones de infinitos.
- Siete billones de quintillones de infinitos.
- Cien mil billones de billones de trillones de quintillones de infinitos.

Y así seguíamos hasta que se volvía, triunfante, la palabra:

- Infinito de infinitos.

Fórmula con la cual podían volverse a hacer series como la anterior:

- Diez billones de infinitos de infinitos.
- Ocho mil billones de trillones de cuatrillones de quintillones de infinitos de infinitos.

Por supuesto, no las recitábamos. En general, debo dejar sentado que todas estas pequeñas series que he venido transcribiendo, en realidad no las decíamos; ni ésas ni otras equivalentes. Aquí he adoptado un método extenso y prolijo para hacerme entender; pero no era nuestra intención decir lo obvio, al contrario. Todas estas series, y de hecho toda la serie que se nos pudiera ocurrir, eran virtuales. Habría sido aburrido decirlas, no estábamos dispuestos a perder nuestro valioso tiempo de niños en esas burocracias; y sobre todo, habría sido inútil, porque todo término quedaba superado y aniquilado con el término siguiente. Es que los números tienen eso, esa banalidad de ejemplos: da lo mismo uno que otro, lo que importa es otra cosa. Deshojando toda la estúpida e incómoda hojarasca de ejemplos, lo que tendríamos que haber dicho era:

- Un número.
- Un número mayor que ése.
- Un número mayor que ése.
- Un número mayor que ése.

Claro que así no habría habido juego.

La palabra volvía, otra vez:

- Infinito de infinitos de infinitos.

Por encima de ese número no había más que otro:

- Infinito de infinitos de infinitos de infinitos.

Quiero decir, ése era el mínimo superior, pero no el único superior, porque la serie de infinitos podía prolongarse indefinidamente. Y así llegábamos a esa

El árbol, como un gran triángulo verde oscuro que ocultaba una mitad del cielo, velaba sobre el camioncito rojo, dentro del cual estábamos nosotros dos, infatigables, felices. El día era una fijeza de sol.

De las tantas ensoñaciones que uno suele tener con la naturaleza como tema, una muy frecuente es la que se interna en la perfección de los mecanismos con que operan los seres vivos. Tomemos las branquias. Cuando nada, el pez hace pasar el agua por lo que supongo que son una especie de válvulas aerodinámicas, y le extrae el oxígeno que necesita. No importa cómo lo hace. De algún modo. Simplificando en dirección del concepto, como hice en las últimas dos frases, es relativamente fácil; se puede imaginar un aparato, un alambique, en el que se descomponga el agua y se reserve el oxígeno mientras se descarta el hidrógeno. La ensoñación también reserva algo y descarta algo; en este caso lo que reserva es el tamaño del pez. Porque hay peces pequeñísimos, del tamaño de un fósforo, y en ellos ese alambique se hace prodigioso... ¿O no? Para armarlo y desarmarlo nosotros, tenemos que imaginarnos con lupas, con microscopios, con unos destornilladores y pinzas y martillitos del tamaño de puntas de agujas, y eso sería una hazaña de la paciencia y la destreza. Hazaña que podría lograrse, con mucho optimismo, en un pez; pero en el mar hay billones... En este punto debemos rendirnos a la evidencia y reconocer que el razonamiento soporte de la ensoñación contiene un error. Dos, en realidad. El primero es la diferencia entre hacerlo y encontrarlo hecho. Nadie se ha puesto nunca a fabricar branquias para pececitos. Ya están hechas. El constructivismo es una ilusión ociosa. El segundo tiene que ver con el tamaño. Aquí el error es tomar nuestro tamaño humano como un patrón rígido. El demiurgo en realidad escoge la dimensión que más conviene a cada caso, o mejor dicho la ha escogido, en el proceso de crear todos los tamaños. Es un taller fluido, elástico, donde siempre se puede trabajar a gusto, con alegría, con comodidad, con las manos. Creo que es por eso que los conceptos son tan atractivos, por eso el hombre se aferra a ellos con tanta obstinación, desde la infancia, y supera todas las desmentidas de la realidad. Lo incómodo o inmanejable son los ejemplos; para ellos nunca estamos bien proporcionados, siempre somos o gigantes o enanos.

La ensoñación siempre es ensoñación de conceptos, no de ejemplos. No querría que nada de lo que he escrito aquí sea tomado como un ejemplo.

21 de marzo de 1993